

Y en alto metro,
Enardecido
De su sonido,
Llevo en concento
Mi pensamiento,
Sobre el cielo, á la mano omnipotente;
Y asi le digo con acento ardiente.

Autor de la natura,
¿Quién puede contemplar sin adorarte,
La admirable hermosura
Del alba, y sin prestarte
De arrebatado afecto y sentimiento,
El mas grato contento
Por tributo, aunque vil, á la grandeza
De aquella alteza,
Donde no llega
La mente ciega
De los mortales,
Que en los umbrales
De la muerte, y abismo, do se espantan,
Su consternada vista á ti levantan?

A la misma oprimida
De las tinieblas, con que le encubriste
Tu gloria, en esta vida
Mortal, á ver le diste
Uno de sus destellos en la frente
De la aurora naciente,

Para que comprendiese así por ella,
 Qual será aquella,
 Que todo entera
 Sobre la esfera,
 A los crisoles
 De tantos soles
 Presta, de otros destellos semejantes,
 La llama de sus luces radiantes.

Mas perdida la mente,
 Y confusa en seguir lo que no alcanza,
 Vuelve inmediatamente,
 A esa semejanza
 De tu gloria, en el alba amanecida,
 Su vista embebecida;
 Y contempla á los vivos resplandores
 De sus albores,
 En monte y llano,
 De tu gran mano
 El poderio,
 Que al vasto rio
 De continuo mantiene sus raudales,
 Y á las fuentes sus puros manantiales.

Que con tantos verdores,
 Engalanaste las frondosas plantas,
 Y esmaltaste de flores
 Tan varias, y de tantas
 Yerbas, y arbustos al terreno asiento;

Y en ellas alimento
Ofreciste á las aves , y ganados ;
Cuyos solos cuidados,
Exéntos de todo otro , es el buscarlo
Para encontrarlo ;
Pues con mugidos ,
Pues con balidos ,
Con que resuena
La tierra amena ,
Te lo piden , gran dios , y eres tan bueno,
Que do quiera tu mano les da el heno,
 Y todos á porfia
Dispertados del alba,, que precede
Al luminoso dia
(A quien la noche cede
El campo inmenso , que de luz inunda
El sol , con que fecunda
La tierra , y á quien dexa enriquecida),
De su manida
Salen , y pacen ;
Do se complacen
Ir vagarosos ,
Por los yerbosos
Valles , campos , y prados , y laderas ,
Que desamparan las voraces fieras.
Pues estas abrigadas
Del manto de la noche , huyen con ella ,

De la aurora ahuyentadas.
 Entonces la gamella
 Prepara el labrador á sus nõvillos,
 Y con sus caramillos
 Le dan el alborada los pastores
 Por los alcores ;
 Pues todo rie,
 Todo sonrie
 A la hermosura
 Del alba pura,
 Que cielo, y tierra anima, y hermõsea,
 Y al hombre llama á su penal tarea.

Los aplausos que hicieron los zagales á la cancion de Mirtilo, manifestaban la grande admiracion y embeleso de donde nacia. Cerasio, para manifestarle su estimacion y aprecio, hizo que sus zagales fuesen luego á traer una corona de florido arrayan, que puso él mismo con sus manos en la cabeza de Mirtilo, á semejanza de otro gran cantor, á quien vió coronar del mismo modo en su mocedad. Quiso á mas de esto tenerlo así coronado á su lado en la mesa ; lo que contribuyó para que fuese mucho mas alegre la comida.

Acabada esta, y los aplausos á Mirtilo, quiso partir inmediatamente Montano ; pues

aunque estaba á corta distancia de la majada de Cerasio el termino de su viage, deseaba llegar temprano, para poder aderezar el menage antes de la noche. Despidióse de Cerasio, agradeciendole la amigable acogida que le hizo, y los honores á su zagal Mirtilo, que se le mostró no menos agradecido por ellos. A lo menos vió este premiado su merito en fuerza del sentimiento de la ingenua admiracion y sincéra complacencia de aquellos pastores.

Como era corto el camino, llegaron á media tarde al suspirado termino de su viage, á una majada que alquilaba á Montano un labrador de una vecina aldea. Yacia dicha majada en el centro de unos oteros de terreno valdio, que formaban muy amenos vallecitos abundantes de pasto. Delante de la misma majada pasaba un claro arroyo, que por medio de aquella hondura corria entre viciosas matas, y floridas adelfas, fertilizando al mismo tiempo algunos sauces y frutales, que hacian mas ameno aquel valle.

Emplearon aquella tarde en poner en orden todos sus aperos y menage; y al dia siguiente quiso Montano, lo primero de todo, hacer el sacrificio á la Diosa Pales en agra-

decimiento á su feliz llegada , y á fin que les fuese propicia en su nueva demora , y prosperase las crias. Escogió á este fin dos ovejas machorras , que enramaron los zagales con florida adelfa , y las llevaron al altar , que erigieron antes á la sombra de seis sauces , junto al arroyo , cubriendolo de grama y flores.

Montano hacia de sacerdote , y luego que ayudado de los zagalillos Sabino y Metisco , llevó una de aquellas ovejas al ara para degollarla , Mirtilo y Silvanio , al son de sus rabeles , cantaron este himno á la Diosa Pales , á quien se hacia el sacrificio.

MIRTILLO.

Si los votos mortales
 De un puro sentimiento
 Nacidos , el intento
 Pueden , ó santa Pales ,
 Merecer , te enviamos
 Los nuestros , é invocamos
 A tu numen propicio ,
 Con ruego , enardecido
 Del canto , y del sonido ,
 Con que este sacrificio
 Hacemos mas solemne , á fin que quieras,

Buena Diosa , aceptarlo mas de veras.

SILVANIO.

La sangre derramada ,
Que el sacro altar colora ,
A tu deidad implora ,
O diosa venerada
De todos los pastores ,
Con sincéros honores ,
Que son los que te agradan.
Siendo los nuestros tales ,
Quieras , ó santa Pales ,
Sino te desagradan ,
Con voluntad propicia , y á medida
Los mirar , de la nuestra , agradecida.

MIRTILO.

Quieras , ó buena Pales ,
Apartar del ganado
El ayre inficionado ,
Que lo vicia , y los males ,
Que amodorrarlo suelen ,
Y de que se conduelen
Los miseros pastores.
Mas pastos solo sanos ,
Reciba de tus manos ,
Ni se esconda entre flores
Insecto venenoso , que lo hiera ,
Ni necesite de enebrosa miera.

SILVANO.

Lejos de las majadas ,
Y de nuestros exidos ,
Huyan los foragidos
Lobos ; ni las heladas
Marchitarán las yerbas ,
Si de ellas las preservas.
Ni tampoco á las crias
Aquejarán los frios ,
Y dañosos rocios ,
Si de ellas los desvias :
De suerte , que paridas y corderos ,
Prueben , benigna Pales , tus esmeros.

MIRTILO.

Luego que ver se dexa
Al valle , y al collado
Tu semblante sagrado ,
De los tiempos aleja ,
Y cielo , los rigores.
Los ufanos verdores
Revestirse parecen
De alegre sentimiento.
Huye la niebla , el viento ,
Ni ante tí se embravecen
Los cierzos , que depuesta su fiereza ,
Acatan desde lejos tu belleza.

SILVANO.

Brota flores el suelo ,
Alegranse las fuentes ;
Y sus frondosas frentes
Te inclinan , de consuelo
Las plantas animadas.
Y las regocijadas
Aves dante á porfia
Del canto los tributos ;
Y la tierra los frutos
Diversos , que ella cria
Sacude de su frente y caballera ,
Y en honrarte , ser quiere la primera.

MIRTILLO.

Seas , pues , favorable
A tus buenos pastores ,
Que aprecian tus favores,
O diosa siempre amable.
Y en sí , y en sus ganados ,
Que te estan consagrados ,
Tu gracia experimenten.
Por ti tambien Silvano ,
Y Pan , en monte , y llano
Los pastos acrecienten ,
Y hagan siempre feliz esta morada
De su propicio numen amparada.

Acabada esta cancion , acabó tambien de

sacrificar Montano las ovejas. Tuvieron luego un alegre almuerzo , y llevaron á pacer el ganado. Aquel dia dió Montano á los zagales convite , que tal pudiera llamarse en cotejo de las comidas ordinarias , y lo celebraron todos con gran regocijo.

Mas como la intencion de Mirtilo no era de quedar con Montano , sino de establecerse en uno de los sitios que mas le agradase ; determinó ir á ver de por sí la tierra , para poder poner en execucion sus intentos. Para esto pidió á Montano y á Silvanio su beneplacito , que ya sabian su determinacion , diciendoles que luego que hubiese encontrado el sitio que deseaba , volveria á darles parte ; á agradecerles su amigable acogida y compañía ; y á comprarles una porcion de ovejas en caso que quisiesen venderlas.

Montano , aunque sentia mucho perderlo , no pudo oponerse á su determinacion. Prometió darle las ovejas que deseaba ; le abasteció el zurrón , y abrazandose entresí con gran ternura , partió Mirtilo para la vecina aldea , donde esperaba tomar luz y conocimiento de la tierra. Pasó la noche en la casa del mismo labrador que alquilaba la majada á Montano. Tratando allí con él de los sitios mas delicio-

sos de la tierra, le nombró el labrador un valle amenísimo, por las copiosas fuentes y frondosidad que lo enriquecían, y que estaba algo mas de una legua distante de aquella aldea.

Esto bastó á Mirtilo, para que apenas amanecido el dia tomase el camino que su huésped le indicaba. Pero engañado de sus mismas ansias, y de la confianza que tenia de encontrar el sitio por las solas señas, lo erró, y anduvo vagando toda la mañana sin poder dar con él; hasta que ya muy tarde se halló cerca de unos cerros muy escarpados, sintiendo vivas ganas de subir á uno de ellos para descubrir terreno.

A este fin iba buscando senda por una y otra parte, sin poder encontrarla, presentandole siempre aquellos collados, por el largo trecho que anduvo, sus erizados riscos. Esta misma dificultad empeñó mucho mas sus deseos, antojandosele que á la otra parte de aquellas serrezuelas, que formaban una larga cordillera, encontraria un sitio muy delicioso por las muchas copas de frondosos árboles, que veia descollar de quando en quando sobre las lomas mas baxas.

Así iba Mirtilo con paso apresturado siguiendo aquella cadena de altas peñas, sin pre-

sentarsele subida alguna , hasta que fué á dar en un ruidoso arroyo , que baxaba á borbotones por una estrecha quebrada , entre dos de aquellos cerros. Ocurrióle entonces , que por donde baxaba el agua podria él subir , y lo tiente valiendose para ello de los pies y manos , con que se asia y agarraba de los picachos y arbustos para llegar á lo alto , lo que consiguió con suma fatiga.

Quedó bien recompensado su trabajo con la admirable y deliciosa vista que le presentó un frondosísimo valle , todo poblado de diferentes especies de árboles , encerrado por todas partes de sierra ; pareciendole desde la loma en que se hallaba , y desde donde lo descubria , que se extendiese á media legua de largo , y la mitad menos de ancho. No vió habitacion ninguna , ni algun indicio de que pudiese estar poblado. Sentia haber llegado tan tarde , pues el sol habia ya escondido á la tierra sus resplandores , y la noche , que comenzaba á sembrar de estrellas el cielo , le prohibia por entonces ir á recorrer aquel amenísimo sitio , en que todavia hacian sentir las aves sus desfallecidos cantos , con que daban la despedida al fugitivo dia.

Resolvió sin embargo internarse en la lla-

nura, á la raiz de los cerros. Aun no habia dado trescientos pasos, quando se encontró con una especie de pequeño templo, ó ermita, cuya arquitectura le pareció antiquísima, sin poder distinguir por entonces si era romana, como le parecia, á la escasa luz de los crepusculos de la caída tarde. Hallándolo abierto, y sin puertas, entró en él muy regocijado, por haber encontrado aquel sacro asilo, donde podia pasar la noche defendido del sereno.

Como se hallaba rebentado del cansancio del largo camino de todo aquel dia, y mucho mas del trabajo que le costó la subida de aquellos cerros, pudo dormir placidamente toda aquella noche, haciendo almohada de su sayo y zurrón, hasta que los rayos del sol nacido, que le herian de lleno el rostro, lo despertaron. Levantóse entonces, y lleno del vivísimo alborozo que el sol le infundia, tomó la citara, que no quiso desamparar en su viaje; salióse á fuera á contemplar á la luz del dia aquel delicioso sitio, y enardecidos á su vista su estro y mente, templa inmediatamente el plectro, y á su son comenzó á cantar así:

CANCION.

Terreno paraíso,
 Cuya nueva hermosura me enâgena,
 Y el alma me arrebatâ; bien diviso,
 Que tu riqueza amena,
 Desconocida á todos los mortales,
 Exênta de los males,
 Que engendra su codicia, está segura
 De todos sus solícitos desvelos.
 Ni en vano la natura
 A todos sus anhelos
 O puso aqueços cerros enriscados,
 Para que diêras delicioso asiento,
 Y tranquilo, y seguro, y de cuidados
 Ambiciosos exênto,
 A la virtud, á quien asilo diño,
 Quiso en tí reservarle su destino.
 Rotas jarcias, y antenas,
 Perdido el gobernalle, fluctuaba
 Mi nave entre las olas de las penas
 Y afanes, que engendraba
 Del mundo, y de su trato la tormenta,
 Con fuerza violenta.
 Ni de la mar ayrada hallar sabia,
 Entre el tumulto, puerto, ni ensenada.

Tampoco lo podia
De la saña llevada
De los contrarios vientos , que la hicieron
Juguete de sus iras. Mas ahora ,
Mis propicias deidades , que quisieron
Dar dichosa demora
A mi aquejado pecho , descubierto
Le han en tu seno , este frondoso puerto.

Ni tan grande consuelo
Probó el primer mortal , que de otro mundo ,
De ninguno creído , encontró el suelo ,
Triunfando del profundo
Seno del Océano su osadía ;
Quan grande en este dia
Prueba mi corazón , sobre la tierra ,
Y sobre sus grandezas levantado ,
Del gozo que en sí encierra.
Mi espíritu llevado
En las alas del mismo que lo agita ,
Parece hollar las cumbres eminentes ,
Mirando con desprecio la infinita
Muchedumbre de gentes ,
Y pueblos , allá baxo , en donde todos
Se afanan por su dicha de mil modos.

Mas yerran el camino ,
De sus ciegas pasiones señalado ,
Que á mí me ha descubierto mi destino ,

En este inesparrado
 Y venturoso Elisio, que ya huello.
 En donde á mi cabello
 La suerte le entretexe la corona,
 Como su soberano. El real cetro,
 En aqueste Heliconá,
 Será mi dulce plectro,
 Que me hará mas gustoso un señorío,
 Que por ser de los hombres ignorado,
 O tal vez despreciado, será mio.
 ¡Mirtilo afortunado!
 He aqui por fin tu dicha ya cumplida,
 ¿Qué puedes ya anhelar en esta vida?
 ¡Quán viles los honores!
 ¡Quán baxa la grandeza, y los caudales,
 Que tantas inquietudes, y sudores
 Cuestan á los mortales,
 Me parecen ahora, en que yo veo
 Cumplido mi deseo,
 En esta soledad, do la natura,
 Alarde quiso hacer de su riqueza,
 Y de aquella hermosura,
 Que en vano la destreza
 Del ingenio, y del arte imitar quiere!
 Aqui yo á los demas desconocido,
 Dichoso viviré, mientras viviere,
 Arrojo al olvido

De la tierra mi nombre, y mi memoria ;
Pues solo en humo para toda gloria.

¿ Mas solo he de estar ? ¿ solo ?
Puedo bien despreciar , como desprecio ,
Quanto adoran del uno al otro polo ,
Y tienen en gran precio
La ambicion y codicia. Mas mi pecho
No puede satisfecho
Quedar en este Elisio , ni mi mente ,
Ni el corazon gozar su dicha entera ,
Ni el amor lo consiente ,
Sin una compañera ,
Que ponga el colmo á mi mayor ventura ;
Pues todo acá en el suelo á ello inclina.
O tú , qualquier que seas , criatura ,
Que el cielo me destina ,
Quieras , en este delicioso asilo ,
Hacer rey de los reyes á Mirtilo.

Apenas acabó de decir Mirtilo esta cancion con transporte de expresion y de afecto , oyó una dulce voz que decia gritando paso : madre mia , madre mia , venid acá , y oireis á un angel baxado del cielo , que canta y que tañe un instrumento celestial. Mirtilo al oir esto , siente acometido su pecho de mil afectos , que casi lo hicieron aterecer de dulce sorpresa y admiracion ; pues creyendo que no

estuviere habitado aquel valle , por no haber descubierto ni choza , ni habitacion alguna desde la loma , y oyendo ahora la voz , al parecer de doncella , que lo tomaba por un angel baxado del cielo , no sabia atinar , ni acertar en las muchas sospechas y esperanzas que concebía.

Impelido de los curiosos deseos que le excitó aquella voz argentada , la fué siguiendo con paso apresurado , y alcanzó á ver la doncella , que poco menos que desnuda , huyendo de él , volvía al mismo tiempo la cabeza , llena de admiracion , hácia Mirtilo , volviendo á decir : madre mia , viene el angel del cielo ; salid á verlo. Dicho esto desaparece de los ojos de Mirtilo , que estaba ya á corto trecho de ella. Volvió á dexarse ver inmediatamente con otra muger casi desnuda , como ella , que al ver á Mirtilo , arrojó un grito , y se entró en la cueva de donde salía.

Mirtilo , mucho mas sorprendido de esta novedad , llegó á la boca de aquella cueva , y asomandose á ella sin entrar , vió á la muger anciana , que agazapada en un rincon , tenia abrazada á su hija , cubriendola con los arapos con que ella se envolvía. Y viendo asomado á Mirtilo , le dixo con voz temerosa ,

aunque con tono animado : ¿qué venis á buscar aqui? Mirtilo, penetrado de aquella vista, responde : ¡cielo! ¿qué he de buscar en este delicioso sitio sino mi ventura? O tú, qualquiera que seas, feliz, ó desventurada, no temas te ruego, á quien llega aquí atraído de un honesto y virtuoso fin. El cielo me falte antes que mi pecho abrigue ninguna idea que lleve por mira el ofenderos. Llamo por testimonio de esta verdad al Hacedor Supremo, que lee nuestras mas reconditas intenciones. No lo dudéis, respetaré vuestro honor, vuestro decoro, como cosas para mí sagradas; querais solo decirme, qué sitio es este, y si está habitado.

La muger, que por las palabras de Mirtilo, y mucho mas por el respetuoso ademan con que las decia, echó de ver que podia dexar de temerlo, le respondió sin moverse de la postura en que se hallaba sentada, y en que tenia á su hija : no sé que reconozca dueño este valle, pues en tantos años que me hallo en él, no vi comparecer jamas hombre alguno, sino á tí solo, que ahora llegas. Ni lo habita sino nosotras infelices. . . Sin poder pasar adelante prorrumpió en llanto, con que sorprendió de nuevo á Mirtilo; mucho mas

con la noticia , aunque escasa , que le daba , y que avivaba en él los deseos de que prosiguiese.

Mas viendo que continuaba en llorar , entró del todo en la cueva para consolarla y confortarla , diciendola : ¡ cuánto me interesa ese vuestro llanto ! Si supiera el motivo que lo causa , y pudiera yo remediarlo , ¡ o cuán de buena gana lo haria ! seguro que redundase á mi ánimo el mas puro consuelo y satisfaccion. Mis males , dixo ella , no tienen remedio en la tierra , sino en el cielo , de quien solo puedo esperar consuelo. Lo que te pido solamente , quien quiera que seas , es , que respetes á dos infelices , que solas , y olvidadas de todos los hombres , viven en este desierto como las fieras. ¡ O desventurada de mí ! . . .

Dicho esto prorrumpie en nuevos sollozos , sin dar á Mirtilo luz alguna de su estado y condicion , como él lo deseaba , sino solo motivo para decirla : sosegaos os ruego ; los males de la tierra pueden tambien hallar en ella remedio. Mi venida á este sitio fué solo accidental , porque yendo en busca de un delicioso parage , donde determiné de antemano llevar una vida quieta y sosegada , y por lo mismo dichosa , lejos de la ambicion , y de

la codicia de los hombres, di en los cerros que forman este ameno valle, donde por lo mismo que no encontraba subida me empeñé en subir, impelido de las ansias que sentia; y lo conseguí con mucha fatiga, que daré por bien empleada si puedo seros útil, y serviros de algun alivio.

Si yo pudiese haceros ver los sentimientos de mi pecho, lejos de fomentar vos ese temor y recelo que manifestais, me mirariais al contrario como vuestro hijo, ó como vuestro hermano. Por lo tanto os ruego querais decirme vuestro nombre, y cómo es que os hallais aqui en este valle dos mugeres solas, pues me parece imposible que hayais podido subir, atendido el peligro á que me expuse de precipitarme á baxo á cada instante.

Estas palabras de Mirtilo, parece que infundieron alguna confianza á la muger pues le dixo la misma: nada os debe importar el saber quien sea yo, ni el modo como llegué á encerrarme en este desierto. Sabed solo, que mi nombre es Melania, y el de esta inocente hija mia, Melanira, que habiendo nacido en este páramo, no vió jamas á ningun hombre, ni aun á su mismo padre, á quien perdió quando todavia la criaba á mis pechos.

Decía esto Melania, teniendo á su hija Melanira agazapada en su regazo, cubierta de los arapos, con que procuraba taparla. Reparaba sin embargo Mirtilo, que la inocente doncella, como una tierna y tímida cervatilla, que se acoge y abriga baxo el vientre de su madre, á vista de quien se le pone de cerca, asomaba su hermosísimo rostro entre aquellos trapos, y que fixaba en él, sin pestañear, sus lindos y curiosos ojos, con que sin cansarse lo contemplaba de arriba á baxo.

Esto avivó mas los deseos de Mirtilo de ver libremente aquella hermosa doncella, sin atreverse á declararlos á la madre, á quien siguiendo el hilo de su discurso decia: segun eso ha de haber muchos años que os hallais aqui sola; y deseára saber cómo os habeis mantenido todo este tiempo; pues no veo ni rastro de lumbré, ni de ganado, ni de otro animal comestible que os haya podido servir de sustento.

Perdí enteramente la cuenta de los años, respondió ella: y así no puedo deciros á punto fixo el tiempo que aqui me encuentro. Hubiera tambien perdido el uso de la lengua, sino la hubiese exercitado con esta dulce hija mia. En todos estos años nos hemos alimentado de la hortaliza, y de los frutos que han

ido reproduciendose de sus mismas semillas , que traxo consigo Antropio , padre de esta doncella , quando vinimos á este escarpado sitio , sin encontrar tampoco en él ningun viviente.

Asi pasé despues de su muerte mi vida miserable , implorando de continuo al cielo , para que le ponga dichoso fin , y con él á nuestras penas , ó por mejor decir á las mias , pues la inocente Melanira , no teniendo porque sentir las , no habiendo conocido otro mundo que este desierto , vive sin ninguna idea del bien y del mal de esta vida.

¡O dichosa Melanira ! exclamó entonces Mirtilo : ¡quán envidiable eres á mis ojos ! ¡Qué viva idea me dá tu estado de la mas pura felicidad de este suelo ! ¡Qué es la posesion de los mayores imperios , de las mayores riquezas y honores , en cotejo de esa tu adorable inocencia ! ¡Ah ! la respetaré Melania ; no lo dudeis. Antes bien la adoraré con la mas sincera y respetuosa ternura. Fuera yo el mas bárbaro y pérfido de todos los hombres , si fomentase qualquier otro afecto que no fuese el mas respetuoso para con ella. ¡Quál mas digno templo de la divinidad ! Si acaso puedo poner fin , Melania , á vuestras penas , me emplearé en ello , con la voluntad mas afec-

tuosa y entrañable , para sacaros de aqui.

¡Ah! no es eso lo que deseo , dixo Melania , ni lo que me aflige. Solo sí deseára acabar esta vida miserable , que me la hace solo llevadera la compañía de mi dulce Melanira , lejos del trato del mundo , que tambien desamparé , despues que. . . ¡O Dios mio! ¡O justo y clemente Señor! . . . Recayó de nuevo Melania en su llanto y sollozos , sin pasar adelante en la narracion que parecia querer comenzar , y que no se atrevió á proseguir , dexando frustradas las esperanzas y complacencia que tenia Mirtilo de que la hiciese.

No desconfiando sin embargo que la continúase , la dixo para ello : sino quereis , pues , desamparar este ameno desierto , y dichoso asilo de la paz , y de la inocencia , decid que quereis que haga , pues aunque sumamente me intereso por vos , y por Melanira , de modo que pasára aqui de mejor gana mi vida en compañía vuestra , que en los palacios de los mas opulentos reyes de la tierra ; si os he de ser sin embargo molesto , y quereis que me vaya de aqui , resuelto estoy á ponerlo en execucion , por complaceros , sacrificando mi mayor consuelo. Declarad , Melania , vuestra voluntad , y la satisfago sobre la marcha.

No podia Mirtilo infundir mayor interes de afecto, y de confianza, en el ánimo de Melania, que el que le daba con aquellas palabras, y con el afectuoso, y resolutivo tono con que las proferia. Era sobrado interesable aquella generosa opcion para una muger que se hallaba allí sola tantos años, y sin compañía, ni vista de ningun hombre. La misma renitencia, y tímido recato que ella manifestó en la llegada de Mirtilo, indicaban bien, que tenia puestos todos sus sentimientos en el cielo, y que habia hecho su corazon templo de la virtud.

A pesar de todo esto, ¿cómo podia resolverse, en medio del abandono en que se hallaba, y de la flaqueza de su tímido sexô, á permitir que aquel joven la desamparase, despues de tantos años de soledad, y un joven que manifestaba tan honrados y honestos sentimientos? ¿Resolverse á consentir que se fuese, y desapareciese para siempre aquel mismo que tan generosamente, y con ademan tan tierno, y tan respetuoso, se ofrecia á desampararlas, si era esta su voluntad? ¡ah! ¿cómo era posible?

Sorprehendida sin embargo Melania de la posicion de Mirtilo, no sabia que resolver,

ni se atrevia á significarlo , teniendo suspensos sus encontrados afectos , y fixos sus ojos en Mirtilo , empañados del llanto. Notando él sus dudas, é incertidumbre, volvió á renovar la opcion con instancia , diciendola que resolviese, y veria en el mismo punto satisfecha su voluntad.

Baxando entonces Melania los ojos, dixo: no me queda ya la menor duda de la sinceridad de vuestros sentimientos ; y si es asi , como me lo prometo, debo por cierto agradecer al cielo vuestra venida ; y antes que pretender que os vayais, os debo rogar querais quedar aqui , puesto que parece lo deseais , para confirmarnos en la pureza de vuestros respetables sentimientos.

Aqui me teneis , pues , Melania , dixo el alborozado Mirtilo , para certificaros de mis puras intenciones. Con ellas manifestaré el mas sincero agradecimiento de mi ánimo al cielo , que pondrá aqui con vosotras el colmo á mi dicha suspirada. ¡ Gran Dios ! anonodad á Mirtilo antes que llegue á desmentir este su reconocimiento á la mayor de vuestras adorables beneficencias.

Alzate pues , Melanira , dixo inmediatamente Melania , y no temas á quien con pro-

testas tales, quiere respetar tu inocencia. Melanira, á la voz de la madre, se incorpora sentada en el suelo, y descubre enteramente su hermosísimo rostro á Mirtilo, que queda allí enagenado al ver lo que jamas hubiera imaginado en aquella soledad. A pesar de todos los resabios de la selvaticuez, y de la falta de todo aliño y cultura, no vió jamas perfeccion de rostro mas acabada y fina que el de Melanira.

Por su graciosa estatura, y temple del semblante, manifestaba ella los veinte años de edad, pareciendo haberse esmerado en su hechura la naturaleza. Su color, aunque atezado, daba un hechicero resalte á las facciones las mas lindas de su rostro, y á los negros y vivos ojos, en que al mismo tiempo brillaba el fuego de la mas pura inocencia. Su larga cabellera, que la caia en desorden por su cuello y espaldas; la soledad en que se hallaba; las circunstancias tan proporcionadas al genio, y sentimientos de Mirtilo, todo concurría para encender en su pecho el amor, que señoreó de repente toda su alma y sentidos.

Añadióse á esto el dulce sonido del metal de su voz, que dexó oír Melanira, luego que le dixo su madre que se levantase,

y no temiese á Mirtilo , respondiendola ella , ya incorporada : no le temo madre mia ; antes bien me parece mas hermoso que todas las plantas del desierto.

Aunque hubiera deseado Mirtilo encubrir por entonces á la madre su concebida passion á Melanira , no lo pudo hacer luego que la oyó proferir aquellas palabras tan inocentes ; pues transportado de su afecto , dixo : y vos adorable Melanira , me pareceis mas amable y hermosa , no solo que las plantas de ese desierto , sino tambien que la luna placida quando resplandece en la mas pura noche del estio , y que la aurora mas bella y radiante en el mas sereno horizonte. ¡Ah! si yo supiese explicar el exceso de la afectuosa ternura y respeto que acabais de encender en mi pecho , ¡o cuánto mas hermoso y amable os pareciera!

Melanira , que poco ó nada comprendia de estas expresiones de Mirtilo , teniendo empeñada su persona y trage la curiosidad de sus ojos , preguntó á su madre , ¿qué era aquel bulto que llevaba al lado aquella persona? Era el zurrón de Mirtilo lo que ella queria indicar. Entendiólo Mirtilo por el ademan de la mano , con que ella acompañaba las palabras,

y se lo quitó para mostrárselo , diciendola : este es , Melanira , mi almacén de camino , y llevo cabalmente en él algún comestible , que tal vez os agradará.

Dicho esto puso en el suelo el zurrón delante de ella , y de la madre , y sacó dos tasajos de oveja que le dió Montano. Melania al verlos , despues de tantos años que no probaba carne , mostró alegrarse ; y echando mano de uno de ellos , hincó en él el diente , diciendo : quan deliciosamente me sabe ; toma Melanira , prueba este sabroso manjar. Entrególe la madre un pedazo de aquella carne seca , que ella contempló antes de llegárselo á la boca : pero apenas lo saboreó , quando lo echo de reves haciendo ascos , y escupiendo lo que le habia quedado.

Echó de ver por esto Mirtilo , quanto se vicia la naturaleza , sacandola la presumida cultura de los hombres de su primitiva simplicidad y llaneza. Comprobó con ello Melanira , que el racional es antes frugívoro que carnívoro , y que lo fuera siempre , sino tuviera á la mano otro alimento que frutas y yerbas.

¿Asquéas , Melanira , este sobroso manjar? le dixo la madre. Mas respondiendo Mela-

nira , que no lo queria ; tomó un pedazo de hogaza , que sacó Mirtilo del zurrón , y poniéndose un bocado en la boca , como para gustarlo , le agradó , y se lo comió , estando la Mirtilo mirando muy enagenado , y embozado en contemplar todas las acciones de Melanira , que luego que acabó de comer la hogaza , y estando no menos deseosa de ver el rabel que Mirtilo llevaba , se lo pidió. Entregóselo Mirtilo , y teniendolo ya ella en las manos , se complacia de pasar sus dedos por las cuerdas , sacando sonos , ya veloces , ya pausados , desentonadamente , hasta que cansada de esto , deseó oírsele tañer á Mirtilo , á quien lo devolvió , diciendole que lo sonase , y cantase , como lo habia hecho aquella mañana.

No fué menester que repitiese el ruego , pues recibiendo Mirtilo el rabel , comenzó á puntearlo , y quando las tuvo ya encantadas comenzó á decir asi :

CANCION.

O mano omnipotente ,
 Que diste impulso sobre tierra y cielo
 A los hados , y suerte ; á cuya mente

Eterna incomprendible ,
Está todo presente
Quanto el mortal respira en este suelo ,
Y hasta del torpe insecto te es visible ,
Y de la fragil hoja el movimiento ;
Mi tierno sentimiento ,
Dexar ¿ cómo podrá , reconocido
De adorar tu admirable providencia ,
Al verme en este Elisio , no esperado ,
Por vaga contingencia ,
Obediente á tus fines , conducido
Para que viese yo de la inocencia ,
En su primer estado ,
Y de humana hermosura el gran dechado ?
 ; Ah ! no en valde sentia
Mi pecho el fuerte impulso de aquel brazo
Que impele por la esfera al claro dia ,
Quando de esos quebrados
Riscos, el embarazo
Acometer me hizo con porfia ,
Y los riesgos temibles que tentados
Fueron tal vez , de otro mortal , en vano ,
Faltandole la mano ,
Que fué de mi subida el instrumento ,
Para que solo yo , ayudado de ella ,
Hallase el gran tesoro , que escondido
En el alma mas bella ,

Tenia en este delicioso asiento,
 De la mayor felicidad, mi estrella,
 So el cielo escurecido,
 Do tan propicia al fin me ha amanecido.

¡ O cuán viva y brillante
 A mi admirada vista centellea!
 A la del alto polo semejante,
 Que al perdido piloto,
 De la saña bramante,
 Llevado, sin timon, de la marea
 Que agitar suele enfurecido el Noto,
 Al fin tras noche oscura le amanece,
 Y clara resplandece;
 Y al puerto inesperado le encamina;
 Donde compensa el gozo, al ya pasado
 Afan, con el tesoro que acaudala.
 ¿ Mas qué gozo extremado,
 O tesoro, ó riqueza peregrina,
 Al gozo de mi pecho enagenado,
 Y á este tesoro iguala,
 De la natura la mas rica gala?

Por él yo de la tierra
 Los mas altos honores despreciara,
 Y todas las riquezas que en si encierra,
 Que con desprecio miro:
 Y sobre la tiara
 Rica de Creso, y cetro del gran Ciro,

Y de todas las joyas del oriente,
Que echára de mi frente,
Subiera á poseerlo con anhelo,
De venado sediento, si debiera
Solo asi conseguirlo. Mas ahora,
Mi pecho ya venera
Con el mas puro, y superior consuelo,
Su encontrado tesoro, en la hechicera
Belleza, de esta aurora,
Que mi mente, y sentidos enamora.
; Tan bella por ventura
Se dexó ver, salida de tus manos,
De Eden al valle, ó autor de la natura,
La madre aun inocente
De todos los humanos,
Y de tus dedos la mas bella hechura?
; O Melanira! sola aquella mente
Divina, omnipotente, hacer alcanza
Un otra semejanza
De aquesa tu hermosura, aqui escondida,
En este nuevo Eden, para que fueras
De un mortal compañera, aqui llegado;
Y para que lo hicieras
El mas feliz en esta mortal vida,
Lejos de las pasiones altaneras,
De la tierra olvidado;
Pues solo así es el hombre afortunado.

Aqui solo contigo ,
Y con Melania , tu adorada madre ,
Sin tener á viviente por testigo
De nuestra gran ventura ,
Siendote hermano , y padre ,
Y dulce compañero , y fiel amigo ,
Pasaremos la vida , la mas pura ,
De la tranquilidad en el ameno ,
Y delicioso seno ,
De la paz y virtud acariciados ;
Que estas dos á porfia , á nuestras sienas
Labrarán la corona mas preciosa ,
De inestimables bienes ,
Que son allá en la tierra despreciados ,
Por la ciega ambicion y sus desdenes.
Mas á una alma dichosa ,
¿ Qué le importa esa tierra tenebrosa ?

Sobre ella levantados
Desde el trono frondoso , é inaccesible
De aqueste paraiso , sin cuidados ,
Sin penas , sin sudores ,
Harásenos risible
Quanto trapaza allí por los honores ,
Por premios , y por puestos sublimados ,
La gente avasallada á la esperanza ,
Y á la leve mudanza
De la imperiosa suerte , que hace de ella

Juguete perenal de sus antojos ;
Que hora al uno levanta , y condeçora ,
Y al otro en sus enojos
Lo derriba en el polvo , y lo atropella.
¿ Mas para qué mi canto , ante esos ojos ,
Retratar se acalora ,
Lo que es mayor ventura si se ignora ?
¡ O dulce Melanira !
¡ O dechado el mayor de la inocencia
De la primera edad , que el alma admira
En su mayor consuelo !
¡ Quán pura complacencia
Siente mi pecho , en donde el solo anhelo
Excita con delicia tu presencia ,
De su preciosa posesion , segura !
Santo amor , apresura
A este Eden venturoso tu venida ,
Y siembra de tus llamas el camino ,
Que hollar ya se prepara el himeneo ,
Pues mi feliz destino
Desde el cielo acelera su partida.
Ya de su tea el esplendor divino ,
O Melanira , veo
Dar agüero en tu rostro á mi deseo.

Habia ya acabado de cantar Mirtilo , y estaban todavia con sus rostros embobados , y alargados hacia él la madre , y la hija , hasta

que Mirtilo dixo: pues, Melanira, ¿te agradó la cancion? ¿oiste los sentimientos de un ánimo que te ama y te adora? Mas Melanira, que nada entendia ni de himeneo, ni de destinos, ni de agüeros, en vez de darle respuesta se volvió á su madre, á quien dixo: ¿son, madre mia, así los angeles en el cielo, como me dixisteis? No son así, dixo la madre, pero así cantan, y tañen en la gloria, y aun mucho mas dulcemente; pues este es hombre mortal, y aquellos son espíritus celestiales.

Tendremos, pues aquí, dixo entonces Mirtilo, un remedo de la gloria. ¡Cuán dulce vida será la nuestra en este paraíso! Tal me lo pareció esta soledad deliciosa, por lo poco que pude ver. Os lo parecerá mucho mas, le dixo Melania, quando lo recorrais. No creo que haya en España mas delicioso sitio. ¡Cuánto mas delicioso lo huviera sido para mí, si me hubiese traído á gozarlo otro motivo diferente, que el que me tiene encerrada en él! Id á verlo, y os asegurareis de la verdad que os digo.

¿No podemos ir los tres juntos? Su vista se me hiciera, dixo Mirtilo, mucho mas deliciosa. No, respondió Melania, no nos lo

permite nuestra desnudez. Esta nos tiene aquí encogidas á vuestros ojos. Id á ver este valle, y entretanto nos cubriremos lo mejor que podamos.

Mirtilo oyendo esto, atendió á la justa instancia de Melania, y se salió de la cueva. El disgusto que sentia por dexar á la hermosa Melanira, quedó recompensado con el embeleso que le causó la vista de aquel frondosísimo sitio, á quien el sol heria ya de lleno.

Do quiera que Mirtilo volvía los ojos se le presentaban varios bosquedillos, separados en hermoso desorden, formados algunos de ellos de árboles fructíferos, baxo cuya amenaza sombra caminaba, gustando á su placer los diversos frutos que le ofrecían á la mano sus cargadas copas. El fértil, y vicioso suelo estaba esmaltado de violas, de alélies, y de otras especies de flores, que con su gratísimo olor embalsamaban el ambiente.

De una á otra parte volaban toda especie de paxarillos, que con sus dulces cantos tenían encantado á Mirtilo. Ivan fertilizando el terreno algunos arroyos con su manso curso, otros rápidos, que mezclaban su mormurio á la armonía de las aves, besando las yerbas y flores que criaban en sus orillas.

Las cimas de los cerros, que encerraban aquel sitio maravilloso en toda su extension, estaban casi todas vestidas de floridos arbus- tos. Formaban algunos de ellos senos amení- simos, donde las fuentes que allí tenían su maniantal, fertilizaban las altas plantas, que habian allí crecido, sin haber conocido segur.

Quedó mucho mas sorprendida la fan- tasia de Mirtilo, quando viniendole la gana de subir á la loma, que le pareció la mas eleva- da, subió á ella, y sojuzgó con su vista toda la dilatada, y frondosa llanura de la tierra que habia dexado el dia antes, y era un ame- nísimo desierto, que se extendia á algunas le- guas hasta los montes que servian de horizon- te á su solitaria extension.

Esta vista despertó tanto su estro, y fan- tasia, que echó mano del plectro, para ex- playar las ideas y sentimientos que ella le ha- cia nacer. Mas acordandosele en aquel mismo instante Melanira, disipó esta todo el estro y deseos del canto, y le avivó las ansias de vol- ver á verla, lisonjeandose, que hubiesen teni- do harto tiempo para cubrirse.

Impelido de esta lisonja, baxa de la lo- ma, sin acabar de dar entera vista á aquel valle, y lo atraviesa por lo ancho, para lle-

gar quanto antes á la cueva. Mas ¿quál fué su sorpresa, quando al entrar en uno de aquellos bosquecillos, vió un entero esqueleto humano tendido á la larga, como de hombre que hubiese muerto allí? Aunque la natural curiosidad le hizo poner los ojos en él, una especie de terror, que lo sorprendió á su vista, en aquella soledad sombría, lo forzó á torcer el paso. Apresurabalo Mirtilo, no solo instigado del horror que le causó aquel esqueleto, sino tambien de la curiosidad de preguntar á Melania, si era el de su marido.

Llegado á la cueva vió á la madre, y á la hija, que se acababan de cubrir, parte con sus viejos trapos, parte con hojas de cañas que habia cerca de la cueva, y que entretejió Melania de manera, que no pudo recatarse ya de la nueva llegada de Mirtilo, á quien dixo: ahora podemos ir juntos donde mas os agradáre, fiadas en vuestros honestos sentimientos, y en las protestas que hicisteis á los ojos de la divinidad.

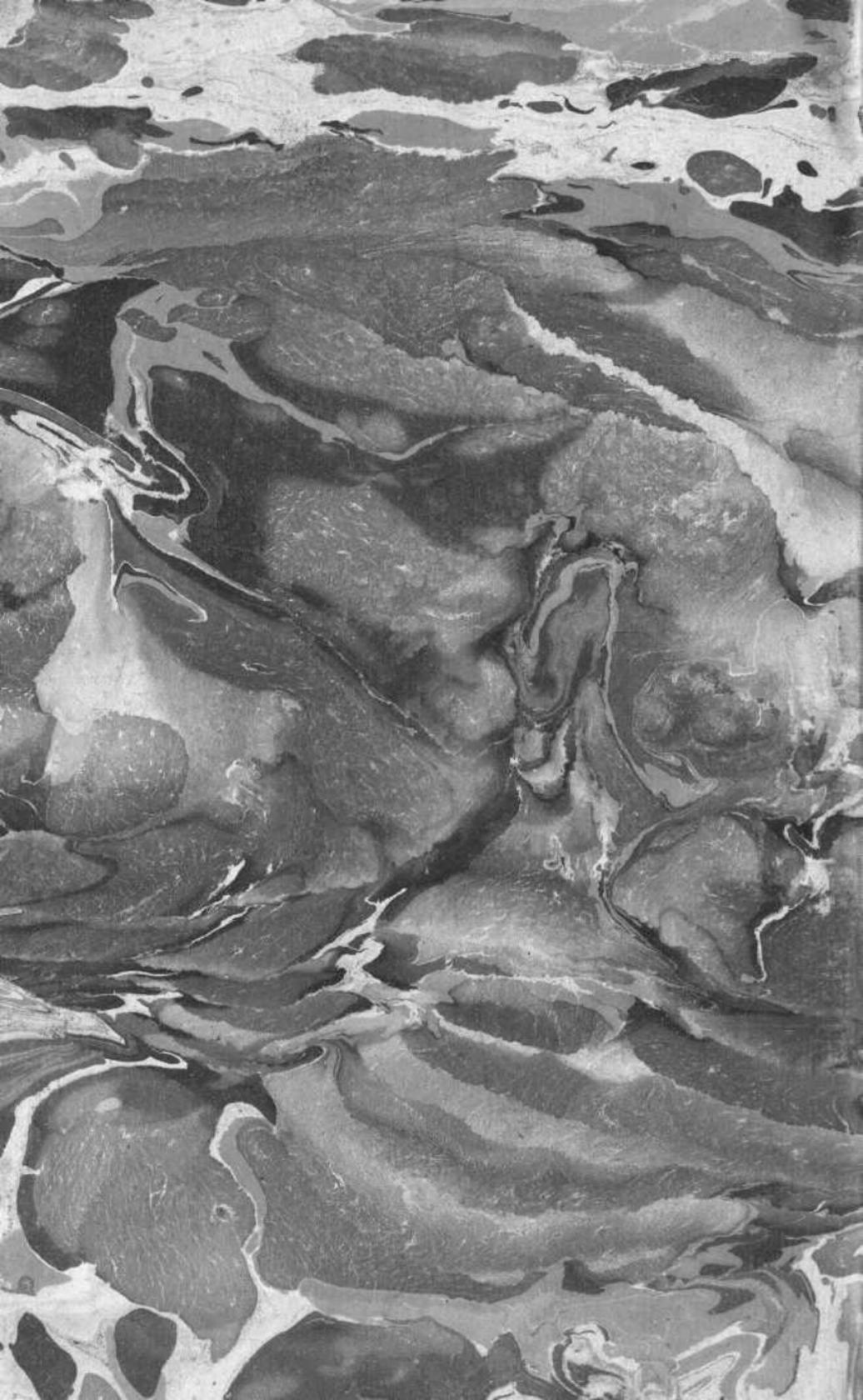
Renovóselas Mirtilo con tiernas expresiones, y Melania lo encaminó consigo, y con la dulce Melanira á un delicioso vallecito, donde nacia una fuente muy cristalina, y á quien hacian sombra algunas hermosas plantas, ba-

yo las quales les presentaba la peña, de donde la fuente nacia, un asiento muy cómodo, y ameno. Allí quiso Melania hacer la confianza á Mirtilo de la historia de su vida, y de su llegada á aquel sitio, comenzando asi. . . .

Lectores, no es culpa mia, si dexo de entreteneros con esta linda, é interesable historia.

F I N.





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número..	642	Precio de la obra.....
Estante...	84	Precio de adquisición.....
Tabla....	2	Valoración actual.....

Número de tomos... ..



642.

OBELAS

DE

MONTENGO

5